

Maxi y el Sol Canis

Liliam Milagros Gómez León



Capítulo 1

I

CANIS

En el mundo mágico de la creación había un sol mucho más grande que el de los hombres, su nombre era Canis, conocido como 'El gran Zaguán: el portal que todos quieren atravesar'.

Cuenta la leyenda que esta gran estrella solo aparecía en momentos muy especiales para el universo, toda la calma y el vacío oscuro se tornaban en una actividad llena de vida. A esa época se le consideraba el tiempo de los milagros, porque solo un elegido lograría despertar al grandioso sol. Este astro tan prodigioso abriría sus ojos y regalaría el más preciado de los deseos: una nueva vida.

Por esta razón, en otro extremo del cosmos, nacían las pequeñas lunas, quienes eran atraídas por El gran Zaguán. A simple vista parecían bolas flotantes de luz, pero en su interior florecía una llama de fuego, una pequeña chispa capaz de irradiar a su alrededor con intensidad. Estas flamas brotaban como puntos, y de su pequeñez germinaba un dulce rostro con brazos y piernas.

Sin embargo, eran lunas tan diminutas que, para soportar el peligroso recorrido hasta el venerado portal, necesitaban de mucho valor; pero sobre todo, tenían que arder de coraje para aguantar el poderoso fuego de Canis.

Y así, con un premio tan incomparable, tan irrenunciable, eran millones las lunas que se preparaban para la ardua travesía.

Mientras tanto, el sueño de Canis era profundo, las lenguas de fuego que le brotaban desde el interior flameaban como banderas a su alrededor, éstas servían de antenas para enviar señales a las lunas; porque aún en su silencio, el gran sol las llamaba, tenía una gran necesidad de ellas, soñaba pacientemente con la llegada de su elegido.

Por otro lado, junto a las otras lunas, había nacido una muy especial. Tenía una marca roja en su superficie, y todas las demás daban por hecho que no sobreviviría, porque lo que llevaba era considerado un defecto. Esa marca era una pequeña ranura que lo volvía vulnerable ante el peligro que enfrentaría: su escudo estaba dañado, sería el blanco perfecto para los enemigos. Sin embargo, esta luna llevaba un nombre que contradecía todos esos pronósticos; la llamaron Máximo: el que ama lo imposible.

Pero nadie le veía grandeza, y decidieron apodarlo Maxi: el pequeño herido.

Maxi escuchaba todos los comentarios dolorosos y humillantes de sus demás compañeros.

-¡Él no podrá!

-Caerá en el primer tramo del viaje.

-¡Es muy débil!

-¡Alejémonos de él! Nos puede traer mala suerte.

El pequeño herido se sentía muy afectado y comenzó a dudar de sus propias capacidades. El miedo y la soledad empezaron a surtir efecto sobre su espíritu. *-¡No lo lograré!-, pensó. -No sirvo para esto-.*

Pero otra luna, muy tímidamente, se le acercó.

-Yo también tengo un defecto-, le dijo. -No tengo una ranura como tú, pero mi intensidad de luz es muy baja, eso quiere decir que tengo poca energía. No eres el único con una carencia; sin embargo, podemos ayudarnos. ¡Ven! Déjame mostrarte algo-.

La nueva amiga de Maxi se llamaba Mácu, y se podía notar lo apagada que era, su movimiento lento delataba su imperfección. Ella lo llevó hacia otras dos lunas, los hermanos Rido y Daza, quienes nacieron literalmente pegados; se podía ver dos corazas unidas, pero en vez de ser independientes por dentro, tenían un mismo cuerpo con dos cabezas y un solo corazón. Eso significaba que si uno moría, el otro automáticamente también perecería.

-Ves que no eres el único defectuoso-, le dijo Mácu. -Somos pocos, pero estamos unidos para salir adelante. Podemos ser un equipo, ¿te unes?-.

Maxi estaba sorprendido, y al ver a su alrededor, todas las demás lunas lucían perfectas, brillantes, fuertes, hasta hermosas; y él era parte del grupo indefenso, a los que llamaban 'los tachados', 'las lacras'. Él estaba dentro del conjunto de los que estaban destinados a morir primero.

-¿Qué decides?-, insistió Mácu, notando la duda en el muchacho.

La pequeña luna de mancha roja reflexionó, centró sus ojos en los ojos de Mácu como buscando una respuesta y su marca se tornó más intensa; un potente color rojizo emanaba de él. Rido y Daza se asustaron, temían que la ranura se extendiera y que su escudo reventara. Sin embargo, Maxi estaba bien, su luna se sentía rebosante, era una brasa apasionada que

quería vivir. Se acercó sutilmente hasta que la superficie de su luna rozara la de Mácu, extendió sus dos brazos queriendo tocar a su nueva amiga. Ella estaba atrapada en esa mirada y también extendió sus brazos en respuesta; al alcanzarse mutuamente, Maxi habló con firmeza al espíritu de Mácu: *Juntos lo lograremos*; luego miró a los hermanos e insistió: *¡Créanlo! Lo lograremos*.

-¡Ahora sí que lo creo!-, exclamó entusiasmada Daza, mirando levemente a su hermano.

-Claro que sí, hermana. Maxi es nuestra esperanza. Yo también al fin puedo verlo-

Mácu sonreía con toda la emoción que podía caberle por dentro, su alma le decía que debía creer en su nuevo compañero.

Así se había sellado la hermandad entre las cuatro lunas más débiles del grupo.

Capítulo 2

II

EL TEMIBLE ASPLAS

No tan lejos, el grupo más débil era observado por Adalid, la luna alfa. Ella era extremadamente perfecta, poseedora de un centelleo incomparable, y en su interior su cuerpo era más grande que el de los otros. Pero lo que más resaltaba era su carácter decidido y dominante, lo que la había puesto en el rol de líder.

Ella estaba fijándose detenidamente en Maxi, mientras él animaba al grupo de los defectuosos. Sentía que todo ello era una pérdida de tiempo: falsas ilusiones. Estaba segura que la realidad lo demostraría. De pronto su atención cambió hacia otro punto, y no fue la única, todos pudieron sentir el llamado de Canis. Ya era hora de empezar la travesía. Y como buena cabeza del clan de lunas, Adalid empezaba el ritual de inicio. Su voz cobró nueva energía y empezó a cantar usando el lenguaje del espíritu:

-Quel luze nutro esti... Quel luze nutro esti-.

Y todos repetían en coro: Quel luze nutro esti... Quel luze nutro esti.

Luego venía un profundo silencio, el alfa cerraba los ojos y oraba porque se cumpliera la promesa: **Que la luz sea el destino**. Antes de dar el primer paso, abrió los ojos y dirigió el único mensaje que pronunciaría para todos.

-Seremos un grupo, ahora en el inicio; pero en el camino, no olviden que solo dependen de ustedes mismos.

Y mirando a los defectuosos: «Nadie va a ayudarlos y no esperen que una alianza haga la diferencia».

-iEmpecemos!-, sentenció Adalid con un grito de furia.

Como un rebaño obediente, y muy rápidamente, las pequeñas estrellas se dirigieron hacia la primera entrada: el tenebroso territorio de Asplas, un ser horrendo de naturaleza patógena con seis tentáculos gelatinosos, los cuales le servían de impulso para movilizarse y como un arma letal al momento de atrapar a sus víctimas. Bastaba una pequeña fricción con su cuerpo para ser infectado con un veneno mortífero, causando una muerte

lenta y dolorosa.

Por más que todos avanzaban, porque era imposible detenerse, sentían mucho temor de estar a la merced del primer enemigo al que enfrentarían. El olor del lugar era evidencia de su presencia, se veían unas partículas muertas que flotaban en el ambiente, como si cierta parte del universo hubiera sido invadido, usurpado. Adalid marchaba a un ritmo seguro sin dejarse intimidar por la atmósfera putrefacta; pero no bajaba la guardia, estaba pendiente de cualquier movimiento que pudiera percibir.

Todas las demás lunas trataban de estar compactadas para —de alguna manera— estar protegiéndose mutuamente. Sin embargo, era muy difícil conseguir que todas avanzaran a la misma velocidad. Estaban las lunas lentas, y dentro de ellas, aún más rezagadas, el grupo de los defectuosos sucumbía ante la posibilidad de ser atacados por Asplas.

-Maxi, estamos muy retrasados-, le dijo Mácu, mientras Rido y Daza jadeaban por el tremendo esfuerzo que hacían; ya que eran muy pesados, tenían un solo cuerpo que cargaba dos lunas, esa era una gran desventaja.

-Les pedimos perdón, pero mi hermana está muy agotada, debemos descansar un rato-, expresó con tristeza, Rido.

-Lo siento amigos-, agregó Daza con decepción.

Mácu trató de animarlos a no parar, pero Maxi notaba que eso iba mucho más allá del cansancio. Sintió mucha preocupación por ellos. Apenas era el inicio del largo viaje, no podía concebir que los hermanos llegasen solo hasta ahí. *-¡No, no!-,* se repetía en su interior. *-¡No lo permitiré!-,*

«Amigos míos, escúchenme atentamente, olviden que tienen un defecto. Nosotros, como todas las demás lunas, merecemos la oportunidad de llegar a nuestro destino. Pero no dependerá de cuán rápidas sean las demás o de cuán fuertes puedan ser; todo dependerá únicamente de nosotros mismos, de cuán grande sea nuestro anhelo para alcanzar la meta a pesar de todo lo que tengamos en contra. El final, nuestro final, lo ponemos nosotros; no Adalid, no Asplas. Somos luz, venimos de la luz, y terminaremos en ella. Debemos confiar en la capacidad que hemos recibido para culminar nuestra misión. Y no nos encontramos solos, vamos a apoyarnos como un buen equipo.»

Hubo silencio entre ellos; y ese mutismo era mucho más profundo porque solo se encontraban los cuatro, las demás lunas ya habían transitado un largo trecho. Mácu tomó la iniciativa, se colocó detrás de la luna de Daza. Maxi al verla entendió lo que ella trataba de hacer, e hizo lo mismo,

colocándose detrás de la luna de Rido.

-Los empujaremos hasta terminar este territorio hostil, así recuperarán energía. No se angustien-, dijo Mácu.

-Así es-, acompañó Maxi.

Los hermanos se admiraron por los amigos que habían ganado, era una hermandad basada en la solidaridad, era una amistad verdadera.

Daza no pudo evitar llorar, de sus ojos salían unas pequeñísimas chispas y muy conmovida dijo: «Gracias amigos por no abandonarnos».

-El abandono no existe entre compañeros-, le dijo sonriendo Maxi.

Con mejores ánimos avanzaron un buen tramo, cruzando diferentes espacios con moléculas completamente inertes, las cuales parecían bolas oscuras y tristes; la vida les había sido arrebatada en algún tiempo por el temible Asplas, y ya era extraño que no se lo hubieran cruzado. O estaban muy –pero muy– bendecidos o el monstruo había sido vencido; aunque lo último era algo imposible, Asplas era invencible, nadie se había atrevido a enfrentarlo. Lo más inteligente era escapar y lograr llegar a la zona del puente pegajoso; ahí el ser de tentáculos no podría sobrevivir, la nueva densidad del ambiente le impedía respirar. Esa era la única salida.

Pero seguían inquietos, no lo veían ni a él ni a las otras lunas.

-¡Miren!-, gritó Daza.

Rido ya lo estaba observando y empezó a temblar del miedo. Maxi y Mácu se giraron y contemplaron a lo lejos como muchas luces de luna se apagaban, eso era perturbador. Asplas estaba más que vivo, Asplas estaba en plena cena de luz de lunas.

-¡Vamos!-, exclamó con valentía Maxi. -Nuestros hermanos nos necesitan-

.

-¡Pero estás loco!-, clamó con mayor estupor Rido.

-Es cierto-, dijo Daza. -Es nuestra oportunidad para avanzar mientras Asplas está entretenido con ellos-.

Maxi estaba consternado por todo lo que estaba escuchando. Y más cuando Mácu se expresó: «Maxi, los muchachos tienen razón, es nuestra oportunidad, nosotros seríamos presa fácil de Asplas».

-¡Ah!-, gritó impetuosamente el pequeño herido, queriendo callar toda la

necedad de sus compañeros. Y sus palabras seguían bramando de ira.

«¡Son nuestros hermanos! Tenemos el deber de socorrerlos aunque en el intento perdamos la vida. Esto va más allá de un premio. ¡Es lealtad!»

-Pero Maxi, nosotros no tenemos el valor que tú tienes-, lloraba de la angustia Daza.

-Ellos nos abandonarían si estuvieran en nuestro lugar-, continuaba Rido.

Mácu solo agachaba la cabeza mostrando el apoyo a todo lo que decían. Maxi los miró con lástima, y decidió hacer lo correcto: no sería indiferente ante el sufrimiento de otros.

Sus compañeros se quedaron congelados al ver como marchaba a la muerte su valiente amigo.

Y sí, cada vez que Maxi se acercaba, sus ojos veían como la muerte consumía a las lunas, el veneno de Asplas era muy cruel. Tenían el caparazón quebrado, no había nada que los protegiera; el cuerpo estaba expuesto al ambiente y el tóxico absorbía toda la luz. En sus rostros se podía reflejar todo el sufrimiento. Fue devastador, ya no se podía hacer nada por ellas. Maxi solo oraba por los espíritus caídos. Hasta que llegó a contemplar al desalmado enemigo.

Era un ser imponente con esos seis tentáculos gigantes, y en ese instante estaba frente a Adalid. A ella —para ser la mejor luna— se la veía diminuta, pero no temía, esquivaba con facilidad cada ataque de Asplas. Sin embargo, Adalid hizo un mal movimiento y chocó estrepitosamente contra una molécula inerte. El monstruo aprovecharía esa oportunidad para atraparla y reventar con sus tentáculos el escudo que la cubría. Pero, al intentarlo, Maxi empujó con todas sus fuerzas otra molécula muerta, y ésta lanzó a Asplas lejos de Adalid.

La luna alfa se quedó pasmada por el atrevimiento de Maxi, aunque su agradecimiento era tan inerte como la molécula con la que había chocado. Y como vio que ahora Asplas estaba centrado en el pequeño herido, decidió alejarse de inmediato. Todas las demás lunas que aún estaban con vida hicieron lo mismo: lo abandonaron. Ahora solo quedaba la insignificante luna frente al sanguinario adversario.

-Eres el primer ser que ha osado atacarme-, pronunció Asplas con su voz lacerante. -Pero serás el último que lo haga-.

-¡No te tengo miedo!-, contestó desafiante la pequeña luna.

-¡Te enseñaré a tenerlo!-, gritó con furia el monstruo.

Los tentáculos se estiraron para dar un gran impulso. Al dispararse contra Maxi, éste no tuvo mucho tiempo para esquivarlo; pero cuando ya lo dio todo por perdido, dos moléculas muertas golpearon nuevamente a Asplas. Maxi dirigió la mirada hacia un costado y, para su gran fortuna, descubrió que eran sus amigos: Mácu, Rido y Daza. Su corazón se vio inundado de una virtud muy singular: fe.

-Los compañeros nunca se abandonan, ¿no?-, recalcó Mácu muy sonriente.

Los más débiles se enfrentaron a Asplas, notaron que los golpes de las moléculas muertas le hacían mucho daño y remetieron contra él sin dudar. En un momento, el monstruo se vio acorralado y por primera vez experimentó la sensación del temor. No podía creerlo, estaba huyendo con su orgullo literalmente mutilado. Las lunas, gracias a Maxi, crecieron en valor.

Ahora el camino hacia el puente pegajoso estaba libre.

Capítulo 3

III

EL PUENTE PEGAJOSO

-¡Esto es increíble! ¿Verdad, Rido?-, expresó Daza, asombrada al ver el imponente puente frente a ellos.

Mácu sabía que aunque no hubiera un enemigo como Asplas en este nuevo territorio, era una zona muy peligrosa, así que decidió advertirles a todos de la nueva amenaza.

«¡Debemos tener mucho cuidado! Este viaducto tiene paredes que se alimentan de todo aquel que queda atrapado en ellas, absorbe sin piedad, nos traga.»

-Entonces iremos atravesando el medio, no es muy difícil, hay suficiente espacio-, agregó Maxi.

-No, no es así de sencillo, cruzar este puente por el medio es un reto, hay una corriente de aire que ondea en diferentes direcciones, y eso hace que sea complicado ir sin ser lanzado hacia las paredes.

-¿Estamos perdidos?-, preguntó temerosamente Daza.

Hubo silencio, como si responder fuera más peligroso que atravesar ese sendero incierto.

-Puede que sí, pero debemos intentarlo-, respondió Maxi. -No tenemos otra opción-.

Y era cierto, no había otra posibilidad, solo les quedaba continuar, y ese era su único camino. Por lo que, uno tras otro, bien pegados, decidieron avanzar, aunque el pánico era mucho mayor que el coraje.

Efectivamente la corriente de aire era muy difícil de manejar, no tardó mucho para que empezaran a tambalearse; parecía que fueran a salir volando, pero se aferraban uno al otro como si fueran imanes. Mientras avanzaban, a paso de tortuga, ya podían apreciar a muchas lunas que habían sido atrapadas en las paredes del viaducto. Para Maxi era abrumador no poder ayudar a los demás, de sus ojos las chispas de dolor le brotaban, su corazón sufría por toda la impotencia. Y de pronto, sin haberlo previsto, habían alcanzado a Adalid. Ella quedó más que sorprendida al ver que el grupo de los más débiles había logrado escapar

de Asplas.

-¡Eres muy cobarde, Adalid! ¡Nos dejaste a nuestra suerte sabiendo que podíamos morir!-, le exigió furiosa Mácu a la luna alfa.

-Les dije que cada quien dependía de uno mismo, no hice nada que fuera lo contrario.

-¡Estás loca!

-¡Tranquila, Mácu!-, interfirió Maxi; y mirando a Adalid, añadió: «No desperdices tu energía en la ira, las bondades no son para exigir premios, basta con hacer lo correcto y tener una consciencia limpia».

La luna, líder del grupo, prefirió no darle importancia a esas palabras, su arrogancia era muy notoria. Se giró, e ignorando el hecho de que un débil le salvó la vida, siguió su camino. Su ambición era Canis y todo lo demás no le interesaba.

-Qué corazón más duro-, dijo Daza al observar la soberbia de Adalid. Rido afirmaba moviendo la cabeza.

Todos los sobrevivientes estaban preocupados, se sentían completamente solos. Canis, de pronto, parecía solo un sueño inalcanzable. Pero Maxi no podía aceptarlo y su espíritu no se rendiría ni dejaría que los demás lo hicieran.

Comenzó a guiar a todas, las colocó una tras otra, como lo habían estado haciendo con sus compañeros; y aunque irían lento, como eran más en número, podrían mantener mayor estabilidad y vencer a la corriente de aire.

Así, poco a poco, el puente pegajoso quedaba como un obstáculo menos.

Capítulo 4

IV

EL EJÉRCITO DE CUELLO BLANCO

El siguiente ambiente que encontraron los dejó maravillados. No había oscuridad, la luz era palpable, como gotas de lluvia estelar que flotaban cálidamente. Había colores, nunca lo habían visto, pero era una gama que explotaba en armonía en el aire. Todos andaban muy confiados, Maxi los guiaba, hasta que se encontraron con Adalid, nuevamente. Ella estaba de espaldas, quieta, parecía congelada. El pequeño intentó acercarse pero la alfa lo detuvo: «¡No te muevas! Mira lo que hay delante».

Era de esperarse, el camino no tenía que ser tan sencillo, es más, resultó ser extremadamente dificultoso. Frente a las lunas se extendía un gran ejército, eran millones de minúsculos seres de cuerpo estirado, parecían flagelos de color oscuro y solo se les podía reconocer gracias al cuello blanco que poseían. A cada paso que daban las lunas, esta milicia avanzaba en contra de ellos. Era una advertencia de no acercarse más.

Adalid notó el gran número del enemigo y urgó un plan muy traicionero, haría todo lo que fuera posible para llegar a Canis sin importar el tener que sacrificar a otros. Comenzó a incitar a todas las lunas a seguir avanzando como si de un momento a otro quisiera cultivar en ellas valentía. Para Maxi era bueno, inocentemente creyó en la supuesta buena intención del alfa. Cuando todos se dejaron embelesar, fue inevitable el ataque del ejército de cuello blanco.

Las lunas se lanzaron, y empezaron a sucumbir, una por una. Adalid había retrocedido para dejar que el adversario estuviera ocupado en los demás, ella volvería a utilizarlos sin piedad para pasar desapercibida. En un instante, pensó que lo había logrado, pero en el límite, frente a ella aparecía el líder de la legión enemiga. Por primera vez, *Átok, El Guerrero*, se daba a conocer. Era el flagelo más grande, el único con brazos y piernas. Impresionante a la vista.

-Has llegado muy lejos, osada luna. Pero ya no podrás seguir avanzando, yo no voy a permitirte.

Átok era realmente intimidante. Adalid sabía que estando sola no conseguiría vencerlo. Sin embargo, por segunda vez, Maxi aparecía como un salvavidas.

-Esta vez no te conviene avanzar sola, ¿verdad?-, le dijo el pequeño herido a la luna alfa. -Si nos unimos podremos lograr cruzar la frontera y estar más cerca de Canis-.

Adalid no tuvo que meditar la propuesta de Maxi, él tenía razón, así que respondió: «Solo por esta vez».

Entre todas las lunas, que aún tenían vida, formaron una circunferencia; parecían fusionadas, y así comenzaron a girar avanzando velozmente. Cuando se acercaban los flagelos por órdenes de Átok, éstos salían disparados en diferentes direcciones; estaban perdiendo.

Maxi y los demás habían logrado vencer las filas de uno de los ejércitos más temidos. Pero solo faltaba la cabeza, tenían que lograr expulsar a Átok; sin embargo, éste fue más resistente, logró destruir con sus golpes a un buen número de lunas pero no pudo aguantar la gran fuerza y fue expulsado a un extremo dejando libre la frontera.

Las lunas estaban felices de al fin pasar a la última zona, Canis estaba muy cerca. Pero la frontera no era una simple línea divisora, era una capa transparente que solo dejaba pasar a las que podrían ser compatibles con el gran sol.

Ese momento fue determinante porque no todas pasarían. Fueron muchas las que quedaron atrapadas en el campo del enemigo. Y entre las que no lo consiguieron estaban Rido y Daza, fue lo más trágico para la pequeña hermandad. Maxi quiso regresar por ellos, pero la capa fronteriza ya no se lo permitía, solo pudo apreciar como el ejército de cuello blanco los rodeaba y se los llevaba a un lugar donde el único destino sería la completa oscuridad.

-Gracias, amigo, por habernos enseñado a creer en nosotros mismos-, Daza le hablaba a Maxi con los destellos más profundos que le podían brotar de los ojos.

-Estaremos bien. Recuerda lo que nos dijiste: «Somos luz». Llega a Canis, Maxi, tú lo mereces, tu corazón es bueno... Adiós amigo-, se despidió Rido con la esperanza puesta en el pequeño herido.

Maxi comprendió que uno no siempre muere cuando el cuerpo deja de existir; uno también muere cuando ve partir a un amigo.

-Debemos seguir, ya estamos cerca-, le dijo Mácu con un tono muy triste.

-Sí.

Capítulo 5

V

LA REGIÓN AOJAR

El último tramo a Canis era conocido como la región Aojar, un área muy desolada, donde la tristeza era respirable. Debido a esto, muchas lunas enfermaban y comenzaban a desorientarse; algunas tomaban caminos muy opuestos al que llevaba a 'El gran Zaguán'.

Maxi se dio cuenta que a Adalid no le afectaba, sería porque su corazón era tan frío que era como si estuviera en casa; ella avanzaba con tranquilidad. Pero luego descubrió otra sorpresa mucho mayor, a él tampoco le afectaba; comenzó a preocuparse por él mismo.

En toda su confusión, había dejado de pensar en Mácu, quien también estaba atrapada por la pena. Ella poco a poco se perdía, se alejaba de Maxi, moría... y sola. Lo último que su espíritu pudo suspirar fue: «*Deja que Maxi lo logre, libéralo del hechizo de Aojar*».

Una ráfaga de luz rozó el interior del pequeño herido, su espíritu estaba recibiendo el final de otra vida.

Esa evocación le hizo abrir los ojos y despejar los pensamientos. Dio un salto de la impresión como si hubiera despertado de una pesadilla. Al fijarse en lo que lo rodeaba, vio un completo vacío, no había nadie. Comenzó a gritar el nombre de Mácu, pero no recibía respuesta. Sintió que le había fallado, que había abandonado a su compañera. Permitted que el egoísmo entrara en su corazón.

-Tienes mucha luz a tu favor, Máximo-, le dijo una voz a lo lejos desde su espíritu. -Dale las gracias a tu amiga por dedicar su último anhelo para ti. Su bondadoso detalle ya la hizo una ganadora. No la defraudes y termina tu camino-.

Maxi se dio cuenta que esa voz era Canis, lo estaba llamando, y por su propio nombre.

-No eres el único a quien llama-, interrumpió Adalid. -Solo quedamos los dos, y uno de nosotros es su elegido. Habrá que descubrirlo, ¿no?-

Maxi y Adalid avanzaron con tranquilidad. No tardaron mucho en contemplar lo que tanto deseaban, la razón y el motivo por el cual habían emprendido el más arriesgado viaje. Estaban frente al Gran Sol Canis: el

portal más anhelado. Ahora vendría la verdadera prueba, solo uno soportaría el fuego intenso sin ser absorbido por él.

Cuando estuvieron sin más distancia que los separara de su destino, las llamas del supremo astro quemaron la capa protectora de las lunas. Solo quedaron las flamas corporales expuestas. Adalid fue la primera en intentarlo, extendió uno de sus brazos y colocó la palma de su mano al borde de la superficie de Canis. Por un momento parecía que estaba funcionando, como había estado previsto, la luna alfa sería la elegida; pero hubo un error, el gran sol no pudo tolerar la arrogancia que había en el corazón de Adalid, porque pudo ver en el primer contacto todos sus actos desde el inicio; y solo vio ego. No la aceptó, y en cuestión de segundos Adalid ya no existía.

Era turno de Maxi, quien después de ver el trágico destino de su contrincante, temió por el suyo. Pero ya estaba ahí, recordó a sus amigos y eso le dio valor para no rendirse. Extendió su brazo y la palma de su mano, y se encontró con la piel de 'El Gran Zaguán', cerró sus ojos y solo se dejó llevar, se entregó a lo que pudiera venir.

«Tus acciones han hablado por sí solas. Tu corazón piadoso ha sembrado la semilla de tu camino y has hecho que la esperanza brote en el alma de este universo. Y ahora te esperan, porque otro cosmos te ha estado anhelando desde siempre. Tú pasas de ser mi elegido, mi sueño, mi hijo; a ser su elegido, su sueño, su hijo. Ya es hora de que emprendas un nuevo viaje hacia tu nueva y bendecida vida. Donde hay alguien más a quien conocerás, así que no te rindas pequeño de la marca roja, tú eres Máximo: el que hace que todo lo imposible sea posible... Ve y vive.»

Después de escuchar a Canis, Maxi empezó a intensificar su luz hasta el punto de igualar al del Gran Sol. Ambos se hicieron uno, ambos empezaban un nuevo viaje, una nueva vida.

Capítulo 6

EPÍLOGO

-¿Cómo vas a llamarlo, Andrea?

-Ha sido un niño muy valiente, ha atravesado muchos desafíos; pero nunca se ha rendido.

-¿Entonces?

-¡Ya lo sé! Se llamará Máximo. Mi pequeño hijo ¡Máximo!